

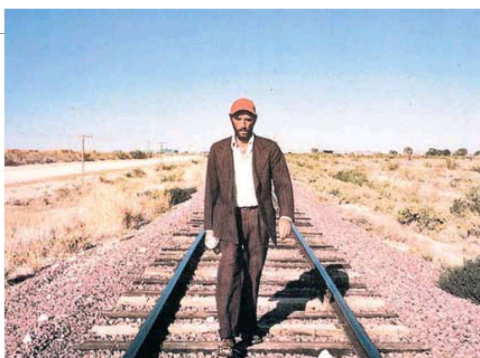
NARRATIVA

Conciencia de la muerte

POR J. ERNESTO AYALA-DIP

El libro que hoy reseño, *Donde el silencio se bifurca*, del escritor mexicano Gerardo Piña, es uno de los textos con los que más tuve que vérmelas en los últimos tiempos. Texto en forma de discurso en la línea de la "corriente de conciencia", del que es muy difícil acertar desde dónde se narra, entre otras cosas porque parece que el mismo narrador no atina a saberlo. Ese no saber, esa especie de indeterminación casi programática, ese coqueteo ontológico con la vida y la muerte, con el saber o no saber, con el sueño y la vigilia, es su marca no solo formal sino también temática. Otro concepto que igualmente ronda la novela es la duda constante, no saber quién se es, qué se es, qué se hace o no se hace. Obviamente esta situación casi nos contagia cierta angustia lectora. La incertidumbre que practica el narrador se nos traslada al lector, que necesita siempre como el aire asirse a alguna tierra firme. Aquí no hay nada que se pueda denominar argumento, tampoco trama. Salvo que la trama sea su escritura, que el autor en algún lugar de su libro llega a defender. Parece ser, sin embargo, que estamos ante un contexto de violencia y también de desacuerdo, según reza en algún momento del monólogo interior, con la forma en que se combate esa violencia, o no se la combate. Parece que Gerardo Piña, a través de la voz de su invisible narrador, no comparte la comodidad burguesa con que los artistas y los intelectuales intentan denunciar las tropelías físicas y morales del país en el que vive. También el autor discute algunas categorías analíticas de baja estopa teórica. Hay una larga digresión sobre el concepto de "interesante" para calificar una obra, siendo que si solo podemos decir de una novela que es interesante, entonces no la podemos considerar una obra de arte. El único momento en que en este libro sucede algo concreto, humano y real es casi hacia su final, cuando un niño es asesinado. Como en todos los órdenes de la vida, una cosa es lo complejo y otra muy distinta lo complicado. *Donde el silencio se bifurca* me resultó innecesariamente complicado.

Donde el silencio se bifurca

Gerardo Piña. Periférica, 2018
144 páginas. 15,75 eurosFotograma de *París, Texas*, inspirada en el libro de Shepard *Crónicas de motel*.

NARRATIVA

Los buenos viejos tiempos

Yo por dentro, la última obra que Sam Shepard publicó en vida, es un extraño diario enmascarado bajo muchos géneros

POR JAVIER APARICIO MAYDEU

A la espera de que se traduzca *Spy of the First Person*, que Knopf publicó el pasado diciembre, su íntimo libro póstumo escrito (y dictado y susurrado) bajo el padecimiento de la enfermedad que acabó con su vida hace ahora casi un año, celebremos *Yo por dentro* (*The One Inside*), la última obra que Sam Shepard publicó en vida.

Los relatos de *El gran sueño del paraíso*, en los que se oía el ruido de un Chevrolet perderse en la niebla, salvaguardaban aquella dicha, febril y aparente improvisación a lo Kerouac en forma de retales de la memoria que el rockero, actor y dramaturgo hizo suya desde *Crónicas de motel* (1982), lacónico diario de viaje que dio origen a *París, Texas*, la cinta de Wim Wenders que plasmó para siempre la América profunda, hasta *Luna Halcón* (1973) y *Cruzando el paraíso* (1996), prosas del terruño escritas desde el cosmopolitismo, textos intermitentes sin asignación de género, la legitimidad insolente de quien ha vivido tan intensamente que puede convertir en ficción lo verdadero, las incertidumbres de la existencia tanto como los enredos de la mente o los caprichos de la creación. *Yo por dentro* es un extraño diario personal. No lo dice, pero lo es. Ni siquiera parece un diario porque enmascara sus anotaciones bajo muchos géneros, pero lo es. Shepard consigna escenas de su vida personal como las que reflejan el recuerdo moldeado por la fantasía de los años en que compartió experiencias con Felicity, amante de su padre. Y asienta de mil formas su admiración por Beckett, y se complace en escribir que no es T. S. Eliot un santo de su devoción. Escribe una vez más desde la oralidad. Escribe como si transcribiera. Y transcribe los monólogos que atraviesan su mente como nubes atraviesan un retrovisor. Proclama su elogio del fragmento, y refleja su interés recurrente por encrucijadas y fronteras, atisba la que divide la vida de la muerte y se afana en escribir, una vez más sin tiempo para

abalorios. Textos afilados como navajas camperas. Hasta la lírica de 'Azul púrpura', poema con rímel en segunda persona, es punzante. En el conciso surrealismo sublimado de 'Otra vez el hombre diminuto' quiere Shepard que baile una vez más Eros con Thanatos ante gánsteres y un *voyeur* que podría ser Delvaux.

Tipos fumando *luckies*, y "la mujer del largo abrigo rosa se quitó los tacones. Los balanceaba en un dedo al alejarse de mí por Trace Street", un Ford de 1940 con los Stones a todo volumen, benzedrinas y otras chucherías *beat*, un *jeep* aparcado en un motel de Chattanooga, imágenes *made in USA* junto al recuerdo de Kurosawa y un ejemplar del malogrado Bruno Schulz, meridianos de sangre, soledad, desierto, sexo anhelado y traicionero onirismo, monólogos crepusculares y diálogos de guion que brillan más que las imaginarias cintas de las que parecen haberse escapado. Impagables los que mantienen La Chantajista, una lolita de nueva generación, y el narrador errabundo. Un Shepard desabrido que reniega de Resnais y de Bergman, de Capote y de Mailer, pero que aboga, como cuando empezó, por escribir, como sostuvo Nabokov, "por placer estético". Un Shepard elegiaco y agorero —"¿por qué nadie te lleva aparte y te dice lo que se avecina?", reza el epígrafe de Foster Wallace— haciendo gala de su proverbial plasticidad y de su intensidad psicológica, recordándose que tiene los días contados y pensando en un whisky que encomie "los buenos viejos tiempos de antaño". Y un Shepard evocador y de vuelta de casi todo que suscribió aquella frase de Lennon: "La vida es lo que te va sucediendo mientras haces otros planes". No tienes ya que hacerlos, Sam, pero a cambio aquel Theloniou Monk que viste tocar le pone la banda sonora a tu sueño eterno.

Yo por dentro

Sam Shepard. Traducción de Jaime Zulaika. Anagrama, 2018
209 páginas. 18,90 euros

MEMORIAS

Las ilustradas anónimas

POR CARLOS PARDO

Estas memorias del célebre estudioso del folclore español Antonio Rodríguez Almodóvar (Alcalá de Guadaíra, 1941) lo son en tanto que compendio de retratos familiares; pero, sin duda, lo son de una manera más profunda como recreación de "un problema social que tiene mi edad", por decirlo con la acertada expresión de Hermann Broch, *Memorias del miedo* y *el pan* es la genealogía de una familia "mestiza" en la que confluyen el abolengo y el proletariado, la historia de las mal llamadas dos Españas (nunca simétricas en número ni insidia). El autor comienza en el siglo XIX con un improbable virrey de Filipinas y termina en la inmediata posguerra, en la infancia de los que quedaron "irremediabilmente incapacitados para comprender lo que de verdad había sucedido". Por el camino de este desclasamiento, la perpetua amenaza de "bajar de nuevo en la escala (...) hasta el lugar de los excluidos".

No es azaroso que el arco de acción comience tanto tiempo atrás ni que se detenga en la infancia del narrador. El siglo XIX, con su galimatías político, se convierte en la antesala de las guerras del siglo XX, en la preparación de un mundo "bruscamente vaciado de sentido" y en el que la gente "se dedicaba a rellenar con ficciones de toda índole el inmenso cráter mental que habían abierto las malditas guerras". Porque esta es la otra clave de este libro importante: el poder de los relatos como fuerza compensatoria de una realidad hostil, a veces como suplantación y escapismo, pero también como subversión de la vida enajenada. En este sentido, Rodríguez Almodóvar dedica las mejores páginas de *Memorias del miedo* y



Dos mujeres cocinan en el frente republicano en 1936. GETTY IMAGES

el pan a desentrañar el malentendido de la "cultura", con sus epítetos enfrentados: alta y baja. Puede sorprender que nuestro más conocido compilador de cuentos populares naciera en una familia "sin un solo libro en casa", pero no lo es si uno reconoce la "centralidad femenina" de la cultura dentro del patriarcado andaluz en las "largas sesiones de mecedora y brasero". Después del lúcido análisis del autor no queda lugar a dudas: contrariamente a lo que dicen los manuales, la supervivencia del proyecto ilustrado español, republicano y democrático recae en la mujer popular como contadora de historias. Por eso estas *Memorias* son también una reivindicación de estas atípicas y anónimas ilustradas.

Son numerosos los nexos de estas historias de un pasado no tan remoto con una época, la nuestra, en que "la mayoría social ha perdido su propia cultura". Para el autor, somos hijos de unos premeditados ejercicios de desmemoria que los poderes manejan a su antojo. Sirva como guinda este fragmento de la infancia del narrador: A los niños de la posguerra se los obligaba a asistir todos los domingos al pase de una película de "insípidos contenidos piadosos", algunas pocas veces, de aventuras. Los castigados de la semana, en una sutil tortura, tenían que ver la película de espaldas a la pantalla. "Muchas veces, los de la primera fila les contaban, como podían, qué era lo que estaba ocurriendo (...) De ese modo, medio se enteraban. Así era, aunque resulte increíble".

Memorias del miedo y el pan

Antonio Rodríguez Almodóvar
Alianza, 2018
464 páginas. 22 euros